

Circula estos días un librito de Umberto Eco (1) que contiene una definición excelente de la sublitteratura: «una realidad cotidiana, existente, pero insuficientemente considerada, que contiene elementos de tensión irresueltos (...) y un elemento resolutorio, en contraste con la realidad expuesta, que ofrece una solución inmediata y consoladora a los conflictos planteados. Si la realidad expuesta es verídica, el elemento resolutorio deberá ser **fantástico**. Como tal, será fruto de la imaginación, aunque considerado desde un principio como un hecho en sí y podrá así intervenir acto seguido sin someterse a los factores que limitan los hechos reales».

Rápidamente se ve que esta estructura así definida tiene un alcance mayor que el de la descripción de un modo literario. Es una definición de la subvida en la que estamos inmersos. Como si, efectivamente, la antigua paradoja de Oscar Wilde, «la naturaleza imita al arte», tuviese al fin una vigencia y lo que llamamos la vida hubiese terminado por adaptarse a la constitución del folletín. En realidad la gran política de nuestros días es

---

# IMITACION DE LA VIDA

---

esta consideración insuficiente de la realidad y la intromisión de elementos fantásticos tratados como «hechos en sí» tienen un carácter consolador. Pocos grandes sucesos del mundo escaparían a esta estructura. Ciertas realidades fragmentarias creadoras de tensión como el galope de la demografía o la polución de la atmósfera, ¿no tenderían a ser aliviadas por los «primeros» pasos del hombre en la Luna? La «vietnamización», como realidad imposible/posible, el rodeo por Camboya, están en esa estructura. Y el revestimiento de la tragedia del oriente árabe. De alguna forma la sublitteratura ha hecho imaginar a los judíos del mundo entero que la acción del Estado de Israel podría terminar con el largo y penoso folletín de su éxodo milenar, con las injusticias y las persecuciones de que son víctimas; de alguna forma se ha podido hacer creer a los árabes que el hambre y la miseria que les persigue residen en el mal absoluto del Estado de Israel.

Esta fórmula está presente en la vida cotidiana. Por algunas razones, las sociedades del mundo aparecen como frustradas, y se les ofrecen elementos resolutorios de carácter fantástico. Estamos inmiscuidos en una política de «happy end», si sufrimos, si padecemos, no es más que momentáneamente, porque el folletín terminará bien. Y al alcance de cada uno. Jean Servier recogía en la «Historia de la Utopía» las declaraciones de una actriz de treinta años, a la que preguntaban si

no le asustaba la vejez: no, no le asustaba porque ella nunca sería vieja; antes de que transcurriesen treinta años, la ciencia habría descubierto sobradamente las fuentes de la eterna juventud. Este tipo de creencia pertenece al universo publicitario. El universo publicitario no es precisamente el de los anuncios directos de productos, sino aquel en que todo se convierte en objeto o en producto. Lo es la idea abstracta de la libertad o del desahogo sexual, lo es la eterna juventud, la organización familiar, la paz, la revolución, la alimentación suficiente. Cada una de las necesidades que el hombre puede considerar como urgentes o perentorias, pero también las que han aparecido siempre como empujadas a larga distancia —las que pertenecían al proyecto— aparecen ahora como un tema publicitario elaborado por las direcciones generales de la sociedad. Es decir, no se ofrecen las soluciones, sino las sombras de las soluciones, los fantasmas de las soluciones.

En política —y en política de la cotidianidad— la publicidad se llama «propaganda». «La propaganda nos ha permitido conservar el poder, la propaganda nos dará la posibilidad de conquistar el mundo», decía Hitler. Sería injusto negar a los fascismos la gran paternidad de la propaganda —y, de entre ellos, a su forma más clara, el nazismo— como creación de una realidad aproximada —existente, pero insuficientemente considerada», en la frase de Umberto Eco— capaz de crear una subvida. La publicidad de origen comercial ha aportado sin duda una perfección propia de la acreditada idea en ámbitos occidentales: que la iniciativa y el trabajo privado son más eficaces que los de fuente estatal. La adopción de los sistemas de propaganda por un mundo considerado como democrático consiste sobre todo en un triunfo póstumo del fascismo —o en un perfeccionamiento de los fascismos— en forma de hacer sentir al ciudadano una «imitación de la vida» en tanto que vida misma. Se ha conseguido hacer de la vida cotidiana una gran ficción en las que a veces la ficción —la literatura sin «sub»— consiste paradójicamente en la única posibilidad de vida real. Las supervivencias jadanovistas en la sociedad soviética actual —muchos y muy fuertes— pretenden que la literatura y las artes se ciñan al «realismo socialista» en el sentido de que realicen una reproducción de la vida, pero no de la vida en sí, sino de la imitación de la vida programada. No es distinto el sentido del control de las artes en las sociedades occidentales, que fuerzan a considerar la vida programada, la «imitación de la vida», en tanto que la vida en sí.

La conclusión de Henri Lefebvre en «La vida cotidiana en el mundo moderno» es la de que posiblemente «el conflicto felicidad-consciencia (o mejor, consciencia de la felicidad posible-consciencia de la desgracia real) reemplaza y suplanta la antigua idea del destino» y se pregunta si no será este el secreto del «malestar generalizado». Una de las causas posibles del malestar generalizado puede ser precisamente la contraria, la capacidad de discurrir si ciertos hechos de la vida cotidiana suponen una forma de felicidad o de desgracia. Es decir, de la pérdida de noción de las fronteras entre la imitación de la vida que ofrecen continuamente las direcciones de la sociedad y la vida real que «se siente» por encima de la «subvida». Un utopista irónico imaginó un futuro con su Ministerio de la Felicidad y sus píldoras de la felicidad. Una vez más la Naturaleza ha terminado por imitar al arte y raros son los países que no cuentan hoy con sus organismos de la felicidad, indudablemente disfrazados porque según las nuevas normas la evidencia de una acción es contraria a esa acción. Hace años, los conservadores en el poder en la Gran Bretaña lanzaron su campaña con el lema: Jamás lo pasó usted tan bien». Perdieron las elecciones.

La subpolítica, la sublitteratura, las subartes, la subcanción, corresponden a la subvida. Forman un todo.

(1) Umberto Eco: «Socialismo y consolación», con textos de Poe, Belinski, Marx y Engels/Cuadernos Infimos. Tusquets Editor. Barcelona, 1970.